

Helena Cosano

Cándida
DIPLOMÁTICA

algaida



Primera edición: 2011

© Helena Cosano, 2011
© Algaida Editores, 2011
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-612-6
Depósito legal: M-5.957-2011
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRIMER CAPÍTULO

Donde se expone el destino triunfal de una
joven aventurera llamada Cándida 11

SEGUNDO CAPÍTULO

Primer día en la Embajada de España en Japu-
tistán y cómo Cándida toma partido 39

TERCER CAPÍTULO

El verano de Cándida 69

CUARTO CAPÍTULO

El amor en el otoño de Bielosmiert 105

QUINTO CAPÍTULO

El invierno y la Muerte Blanca 141

SEXTO CAPÍTULO

Sobre cómo una curandera de pueblo tiene
sueños proféticos, salva a Cándida y trae la
primavera 175

SÉPTIMO CAPÍTULO

Leyenda esteparia 201

Para Laurita en su tumba blanca

PRIMER CAPÍTULO

Donde se expone el destino triunfal
de una joven aventurera llamada Cándida

É RASE UNA VEZ, HACE MUCHO MUCHO TIEMPO, EN LA época en que había un país eurasiático llamado España, entonces unido a un efímero animal político al que en ese preciso momento histórico habían bautizado *Unión Europea*, muy pocos lustros tras el derrumbe del más vasto experimento utópico de la humanidad, el Comunismo, en esos tiempos que ahora nos parecen tan irrealmente oscuros, hace pues, mucho, mucho tiempo, vivía una joven llamada Cándida.

Cándida era una chica ni guapa ni fea, medianamente lista, relativamente ambiciosa y moderadamente rara. Había nacido en un hermoso pueblo a pocos kilómetros de Córdoba, y aunque en toda su vida no había salido de allí, era, en todos los sentidos reales y figurados, una aventurera.

Se subía a los árboles y trepaba por los tejados, robaba los huevos de las gallinas del vecino, se escondía en el

maletero de la camioneta de su tío segundo y amanecía sólo Dios sabe dónde (de hecho, casi en otra ciudad), perseguía las ratas del jardín, se escapaba con sus primos (todos varones) a chapotear en el barro tibio de la laguna, y en competiciones escupía más lejos, corría más rápido, chillaba más alto y pegaba más fuerte que todos los chicos de su escuela. Se atrevía a coger cucarachas con las manos y a acostarlas amorosamente en las camas de cada uno de sus siete hermanos, a acercarse a la única prostituta del pueblo y preguntarle «¿cuánto?», a tirar piedras en la sopa sin que de ello se percatara la cocinera ciega, y a entablar guerras sin piedad contra la vieja reumática que cuidaba de los pavos reales.

Cándida era valiente, alegre y sin duda alguna muy simpática, y todos sabían que llegaría exactamente a donde se propusiera llegar. Pero tenía un defecto insoslayable, un defecto que la convertía en una compañera de juegos ideal pero en una pésima señorita, una novia imposible, una esposa impensable y una solterona con muy poca clase, y es que claramente le faltaba «feminidad» —concepto que en aquella época significaba algo así como delicadeza, dependencia, falta de iniciativa, emotividad y deseos de pescar a un hombre que proveyese manutención y cobijo a cambio de sexo y obediencia infinita, y dispuesto a sellar honradamente el pacto a través de la entonces sagrada institución del matrimonio— pues desde siempre estuvo claro que ningún varón en su sano juicio querría cargar con

semejante marimacho, y que el cándido ímpetu de Cándida le impediría vestir santos con el debido respeto. No pareció pues haber otra solución que ponerla a estudiar.

Resignada, la familia tomó la decisión y Cándida se dejó guiar, y como «todo el mundo» en esa época, se puso a estudiar Derecho. Cándida tal vez fuera menos inteligente que voluntariosa, pero su perseverancia y su energía parecían no tener límites, y con la fuerza de sus codos y su optimismo descarado sorprendió a todos sus hermanos con brillantísimas notas en la histórica Universidad de Sevilla.

Y como a ella sacarse una carrera en una prestigiosa capital de provincia le seguía pareciendo poca cosa, decidió preparar oposiciones. No sabía muy bien cuales, quería sobre todo que fueran las más difíciles (¿Notaría? ¿Abogacía del Estado? ¿Letrada de Cortes?), esas que según decían sólo se podían preparar con éxito en la capital, y a los veintitrés años, solita con su cándida alegría andaluza, se marchó a vivir a Madrid.

Tan sólo siete años más tarde ejercía ya una profesión con la que ni en sus más locas ambiciones hubiera osado soñar.

Esa profesión, en un tiempo prestigiosa y desde hace algunos siglos residual, consistía, según una convención de la época, en: representar a su Estado ante un Estado extranjero, proteger en el Estado receptor los intereses del Estado acreditante y los de sus nacionales, negociar con el

Estado receptor, enterarse por todos los medios lícitos de las condiciones y de la evolución de los acontecimientos en el Estado receptor e informar sobre ello al gobierno del Estado acreditante, y fomentar las relaciones amistosas y desarrollar las relaciones económicas, culturales y científicas entre el Estado acreditante y el Estado receptor.

Cándida era pues, DIPLOMÁTICA.

Fue en parte gracias a Luisito de Aguilar, entonces perseverante opositor a la Carrera Diplomática, a quien conoció en el Colegio Mayor Brasileño y que pronto se convirtió en su novio. Luisito era clásico pero de mente abierta, hijo de diplomático, nieto de diplomático, sobrino de diplomático, hermano de diplomático y, esperaba, futuro esposo de diplomática y padre de numerosos diplomatiquitos. Se quedó prendado del dulce acento cordobés de Cándida cuando la oyó gritarle a un camarero unas lindezas que hubieran sonrojado a la más atrevida de las verduleras, y que le inspiraron ciertas palabras proféticas que habrían de marcar el destino de Cándida y el de ese frágil Estado denominado España: «joder, tía», exclamó Luisito, «con esos cojones, te tienes que hacer diplomática». Y Cándida, a quien ningún reto había amedrentado jamás, decidió luchar por ingresar en el club de los más cojonudos.

Había para ello que superar una serie de exámenes de contenido ambiguo y arbitrariamente valorados según

el vaivén de los partidos políticos y los caprichos y antojos del tribunal de turno, y que en esa época oscura consistían principalmente en repetir de memoria un cierto número de «temas», además del suplicio de soltar en público párrafadas en inglés y francés, con la dificultad que ya le suponía a Cándida pronunciar todas las letras del castellano.

Necesitaba ayuda. Descubrió que existían unas instituciones denominadas «Academias» donde los profesores eran diplomáticos que guiaban a los candidatos por las espinosas selvas de la oposición. Luisito le recomendó a su propio preparador, Alfonso Ramírez de Casareal. Pocos años atrás había preparado con éxito a su hermano mayor y era un viejo amigo de su padre. Tenía fama de intelectual y mujeriego gracias a una tesis doctoral que en su juventud había escrito sobre la moda femenina en el Siglo de Oro español, en la que demostraba con pruebas fehacientes que la decadencia del Imperio provenía de una adulteración del gusto hispano debido a las malas influencias transoceánicas. Luisito le apreciaba por su afilada sinceridad, tan lejos de la hipocresía predominante. En la época en que Cándida fue a rogarle que accediera a ser su preparador, don Alfonso era ya un caballero de plateadas sienes y barba inmaculada, con unos ojos verdes que alternaban una mirada soñadora con otra ávida, casi feroz, como si intentasen perforar el universo hasta su más desnudo corazón. Miraron tan fijamente a Cándida que ésta sintió cómo se paseaban por su cuerpo de arriba abajo, desde la raya no muy recta del cabello hasta sus zapatos no del

todo limpios para detenerse, soñadores de nuevo, en la fina camiseta escotada.

Cálido y paternal, don Alfonso le explicó entonces a Cándida que sus greñas de colores y su dicción descuidada serían obstáculos casi insuperables, que su postura no era correcta ni el tono de su voz, que debía sentarse más recta y con las piernas juntas y no gesticular como si se estuviera ahogando, que debía comprarse ropa digna y al menos aprender a fingir cierto saber estar. Y que de todas formas la diplomacia no era una profesión para mujeres, incluso si algún día, algún año, lograra aprobar, su vida se consumiría en una desarraigada soledad y en la más amarga de las frustraciones, pues nunca la querría un hombre.

«Ya lo sé», dijo Cándida.

El preparador suspiró, y la aceptó entre sus discípulos.

Y tras unos añitos repitiendo temas delante del espejo para forjarse el carácter, Cándida ingresó en la Escuela Diplomática.

Allí aprendió lo más importante de su futura profesión: fingir escuchar, acostumbrarse a perder el tiempo, y sonreír cortésmente por delante para apuñalar mejor por detrás.

Tras este largo proceso, los jóvenes (y no tan jóvenes) funcionarios diplomáticos pasaban del pequeño nido de víboras de la Escuela a la vasta jungla del Ministerio de Asuntos Exteriores, para por fin comprender que todas

las arbitrariedades sufridas hasta entonces no eran nada comparadas con lo que podía y debía llegar, y que para sobrevivir había que dominar las artes de las amistades falsas, los halagos envenenados, las calumnias descaradas, las sofisticadas traiciones y las frías venganzas.

Cándida absorbía como una esponja todo este nuevo saber, con la esperanza de poder algún día demostrar cuán buena profesional podía llegar a ser.

Y al fin ese día llegó: gracias a ciertas clasecitas de Japutito recibidas en la Escuela, gracias a ser la única con mínimas bases en ese exótico idioma, gracias a que nadie más quería ir, Cándida tuvo el privilegio de ser elegida en su primer destino en el extranjero como Segunda Jefatura en la Embajada de España en Japutistán.

Japutistán era un vasto país de estepa y montañas, separado de Rusia al norte por un mar muerto, de Kazajistán al sur por una frontera perfectamente recta y de China al este por el famoso desierto de arenas blancas de Meral. Sus habitantes tenían rasgos eslavos, mongoles, turcos y chinos, habían sido nómadas muchos siglos y aún construían sus casas con la forma abovedada de las yurtas. Montaban a caballo y en camello, hacían quesos con leche de yegua y pasteles de hormigas rojas, educaban a sus hombres en los valores de la guerra y a sus mujeres para honrar la tradición satisfaciendo los anhelos del paterfamilias y obedeciendo las órdenes telepáticas de los ancestros.

La capital se llamaba Bielosmiert, que en japutito significa Muerte Blanca. Se encontraba en medio de la nada, bajo el cielo y sobre el hielo, en la inmensidad de la estepa. Los propios japutitos preferían no ir, pues los accesos no eran fáciles. No hubo trenes ni aeropuertos hasta bien entrado el siglo XXI. En invierno, el clima continental extremo lograba las mínimas temperaturas del planeta, hasta sesenta grados bajo cero, aunque las leyendas aseguraban que no había límites al frío, y que viajeros semidivinos habían sobrevivido a noches en que las mismas estrellas se habían helado.

La estepa era infinita y tenía poderes que ni siquiera los ancestros conocían. La estepa era hostil. Por ella vagaban espíritus crueles que jugaban a desorientar a los viajeros, se hablaba de sombras que aspiraban la memoria y de vapores que emborrachaban a los hombres para siempre de melancolía. La estepa era malvada. La estepa era el reino de la Muerte Blanca.

Todavía en la época de Cándida, las nuevas carreteras y los tradicionales caminos de tierra se perdían bajo la nieve, los recientemente inventados móviles no tenían cobertura, y las posibilidades de que un vehículo coincidiera en ese preciso punto del espacio-tiempo eran más que remotas. La gasolina se acababa, el motor se enfriaba, y sólo quedaba esperar.

Los nativos sabían que de poco servía encender fuego, gritar con toda la fuerza de los pulmones o acurrucarse en pieles para mantener el calor; sabían que se podía escu-

char los lobos que aúllan a la luna o los latidos acelerados del corazón; sabían que en esos momentos se oye dolorosamente el silencio y que el tiempo de los que aún viven intuye el presente infinito del de los muertos. Se podía rezar. No había mucho que esperar. La Muerte Blanca llegaba antes. La Muerte Blanca siempre llegaba antes.

Cuentan que primero se sentía la angustia. La consciencia de saberse perdido, aún con cierta calma, con un resquicio de esperanza: llegaría alguien, aguantar lo suficiente, los dioses, los antepasados, alguien ayudaría, algún milagro... Cuando el frío se hacía doloroso, llegaba el pánico: el tiempo estaba a punto de agotarse. Pronto se dejaba de sentir el cuerpo, y ya no habría ni miedo ni dolor. Los miembros se entumecían, los párpados se hacían pesados, y pronto invadía el deseo de soñar, de ver cosas lejanas y perdidas, de revivir amores olvidados y la felicidad de antes, y se veía la infancia y la vida entera y se intuían resplandores de lumbre y el calor del hogar. Y entonces llegaba Ella. La Muerte Blanca. Cálida y fría, malvada y dulce y suave, misteriosa y conocida, temida y secretamente invocada, todas las leyendas la describían. Una bella mujer vestida de etéreos velos blancos, muy joven según unos, tan vieja como el mundo según otros, delgada, casi transparente, casi invisible entre la niebla helada, con largos cabellos sin color y ojos vacíos como las noches frías. Aparecía de pronto caminando sobre la nieve, blanca, aún más blanca que la nieve y que la luna, blanca como sólo sabe ser blanca la muerte, parecía llegar de muy lejos, se

acercaba sonriendo y rozaba con sus labios de hielo ardiente la frente aún tibia del extraviado. Ella traía la paz. Y antes de hacerse rígido para siempre, el cuerpo se relajaba, inspiraba, expiraba, como quien se abandona al placer por última vez, y la bella mujer lo envolvía maternalmente en sus velos de nieve.

El así llamado entonces «Estado español» no se decidió a abrir una Embajada en Japutistán hasta que se descubrieron, absolutamente por casualidad, las inmensas riquezas de la estepa: allí había uranio y petróleo y gas natural y todos los minerales imaginables, grandes reservas, la esperanza de un mundo que consumía más energía de la que era capaz de producir. Japutistán, algún día, sería muy rico, y era estratégicamente lógico abrir una Embajada en la inhóspita capital de Bielosmiert.

La conveniencia de esta decisión era evidente, pero se tardaron tres legislaturas en ponerla en práctica: no había dinero, no había ganas, nadie quería ir, ni siquiera había aeropuerto, y los conservadores no se consideraban obligados a realizar proyectos diseñados por los socialistas, ni los socialistas si los conservadores no se oponían. Por fin fue construido el aeropuerto, y Bielosmiert dejó de ser un lugar inaccesible de la estepa para unirse, al menos desde el aire, al resto del mundo.

Cándida emprendió ilusionada el largo viaje a Japutistán: de Madrid a Frankfurt, de Frankfurt a Moscú, de

Moscú a Almaty, de Almaty a Bishkek, de Bishkek a Ulán Bator y de allí a Bielosmiert, y por fin, a las once de la noche dos días tras haber abandonado el espacio aéreo español, Cándida, cansada, exaltada, feliz, aterrizaba en el famoso aeropuerto nuevo de Bielosmiert.

Era el mejor aeropuerto de la región y según el señor Presidente de Japutistán, el mejor de Europa y de Asia. El más hermoso. O al menos el más original. En cualquier caso el más caro. Era todo de cristal, brillaba en la noche como un astro de luz, se veía desde cientos de kilómetros en la estepa, y en las largas noches de invierno guiaba a las tribus nómadas con mayor precisión que las estrellas.

Cándida no vio las luces. Cuando aterrizó era de día. Eran las once de la noche del lunes tres de julio, y era de día. Pensó maravillada que eso serían las «noches blancas» sobre las cuales tanto había leído, dio gracias al Cielo de haberla traído tan lejos, porque sabía que había llegado por fin a donde toda su vida había luchado por llegar.

Bajó del avión casi corriendo, pues ni su antiguo preparador Alfonso Ramírez de Casareal, ni las clases de protocolo de la Escuela, ni sus apasionados esfuerzos habían conseguido feminizarla del todo. Tropezó con una maleta puesta de cualquier forma al pie de la escalerilla, y cayó. Se levantó enseguida, ella solita y sonriendo, pero se le había roto un tacón, le sangraba la nariz, tenía el pelo y la ropa llenos de barro, y estaba claro que tendría que intentar arreglarse un pelín antes de presentarse ante su jefe.

Del jefe no sabía prácticamente nada. Se llamaba Federico Malaspina y, según su compañera y supuesta amiga Julia Moral, ostentaba el título de vizconde de Churrimpumpún y Chorrompompón (tierras contiguas), concedido por el Caudillo a su papá en la guerra, y del que renegaba desde que se hacía pasar por socialista.

Cándida y el señor Embajador habían intercambiado las rituales cartas escritas a mano y varios correos electrónicos, de superior afabilidad y cortesía. «Es un encanto» le había dicho Cándida a Julia. «Pobre de ti», le había respondido Julia, «está como una puta cabra».

Cándida había sonreído cortésmente como la buena diplomática que empezaba a ser, y había deducido que Julia, que ya tenía cincuenta y dos años, estaba envidiosa de que al señor Malaspina le hubieran concedido una Embajada (aunque fuera tan recóndita que más parecía un castigo que una recompensa) y a ella no, ni siquiera por la cuota. Sin embargo, el comentario la dejó pensativa, pues Julia no solía hablar mal de nadie, ni siquiera de otros diplomáticos. Julia no era mala, como tampoco lo era Cándida, sin saberlo, las dos tenían mucho en común, y si no hubiera tenido exquisito cuidado, Cándida con la edad se habría convertido en una mujer muy parecida a Julia. Durante todo un año se habían llevado aparentemente bien, se habían reído mucho juntas y, oficialmente y con el debido respeto a la antigüedad, se consideraban amigas. Cándida había aprendido de Julia exactamente cómo no hay que ser: no hay que ser demasiado sincera, no hay nunca

que parecer ambiciosa ni trabajar demasiado ni demasiado bien, no hay que luchar en un mundo de hombres con las mismas armas que ellos. Y lo que sí hay que ser: «femenina». Más que serlo, aprender a parecerlo. Cándida había comprendido que eso era la clave del éxito, y se había fijado mucho en cómo vestían y hablaban las damas elegantes cuyas visitas se encargaba de organizar, cómo se sentaba la princesa L., cómo divagaba sobre el tiempo la esposa del Primer Ministro del Reino Unido de Gran Bretaña y de Irlanda del Norte, cómo hacía la reverencia la prometida del futuro rey, cómo sonreían aquella famosa diputada y esa actriz tan odiada y que ganó tantos Oscars, cómo saludaba la reina de Dinamarca, con qué gracia aceptaban y con qué seguridad decían que no, con qué delicadeza expresaban deseos que para todos serían órdenes, qué zapatos combinaban con qué bolsos, qué marcas se consideraban vulgares, qué peinados estaban de moda, si ese año se llevaba el oro o la plata, las perlas, las piedras semipreciosas o la bisutería de diseños convencionalmente atrevidos.

Superado el ritual de los primeros contactos con éxito muy superior al esperado, Cándida se había atrevido al fin a llamar por teléfono a su futuro jefe para anunciarle su llegada. Desde su móvil sería carísimo (¡oh ilusa! desde el móvil era de hecho imposible: no había cobertura), así que llamó desde el teléfono fijo de la habitación de su novio Luisito, que seguía sin aprobar las oposiciones y seguía viviendo en el Colegio Mayor Brasileño, aunque no por

mucho tiempo, pues sus padres amenazaban con dejar de financiárselo si no aprobaba de una vez. Cándida se encerró con llave para garantizarse suficiente intimidad. Luego marcó el número. Le temblaban las manos, le latía demasiado fuerte el corazón. El número era muy muy largo, se equivocó varias veces y volvió a marcar. No daba señal. Daba comunicando. No daba señal. Por fin oyó una voz más bien de hombre, áspera, débil, al otro lado del hilo.

—Buenos días, soy Cándida Delpán Pringao, quisiera hablar con el señor Embajador.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes. Soy Cándida Delpán Pringao, quisiera por favor hablar con el señor Embajador.

—Sí.

—¿Me podría por favor poner con el señor Embajador?

—Sí, sí.

—Haga el favor de pasármelo.

—Sí.

—¡Pues pásamelo de una vez!

—¡Sí!

—¡¡Pero a qué estás esperando!!

—Sí.

—¿Embajador?

—Sí.

Cándida sintió que se ruborizaba. ¡Cielo santo! Ni siquiera se conocían, ¡y ya le había gritado! (Pensó que tenía que mejorar, tenía que endulzarse, afeminarse, bajar el tono, tener una voz más melódica y menos chillona, no gritarle nunca a nadie salvo a los subordinados, etc...)

—Ah. Buenas tardes, Embajador. Soy Cándida.

—Ya, ya.

—Llego el lunes.

—Muy bien.

—Este lunes próximo, día tres, con Air Japut, a las veintitrés horas de Bielosmiert.

—Muy bien.

Cándida no sabía ya qué decir. Optó por despedirse.

—Pues hasta entonces, Embajador. Muchas gracias por todo. Nos vemos el lunes.

Sin respuesta. El señor Embajador ya había colgado.

Cándida se quedó pensativa. ¿Le habría pillado en mal momento? ¿Habría hecho sin saberlo algo absolutamente inconveniente? ¿De qué era exactamente culpable? ¿De veras era esa voz la de su jefe? ¿De la misma persona que le había escrito largas cartas adorables, interesándose por su salud y su familia y sus aficiones, la profesión de sus padres y sus tíos y de cada uno de sus siete hermanos y por qué, viniendo de un pueblo tan bonito, se le había antoja-

do hacerse diplomática? ¿Esa voz débil, sin alegría, sin aire, sin vida? Tal vez no fuera el Embajador, y entonces tendría que llamar otra vez...

Se lo contó a Julia Moral, y a Julia le dio la risa. «Te lo dije, ¿no? Pero verás que lo que no mata, curte, y en el fondo la experiencia te vendrá muy bien. Tú eres muy ingenua. Y en esta Carrera hay mucho loco».

Julia solía dar consejos sinceros y desinteresados, lo cual a menudo era interpretado como una hipocresía particularmente refinada, pues nadie, en ese medio en que las apariencias siempre pretenden engañar, nadie absolutamente podía imaginar que alguien pudiera decir verdades gratuitas sin esperar nada a cambio, a menos de ser idiota del todo, un pésimo diplomático o uno peligrosamente taimado. Los compañeros se preguntaban en cuál de estas categorías enmarcar a Julia y si debían despreciarla o temerla; hasta la propia Cándida a menudo dudaba de que tanta sinceridad pudiera ser sincera, aunque la intuición le decía que la verdad a menudo es demasiado simple para ser creíble, y que Julia, que era masculina, generosa, directa, lesbiana, poco agraciada y sorprendentemente inteligente para una diplomática, era sencillamente demasiado impulsiva para tanta doblez.

Las dos habían trabajado juntas en la Subdirección General de Protocolo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Cándida a las órdenes de Julia, y Julia a las órdenes de un caballero que le pegaba gritos por ser tan fea. Hay que matizar, en honor a la veracidad histórica, que a los pocos

meses cambió el partido de turno, la «igualdad de género» se convirtió en uno de los ejes de la política del nuevo gobierno y las mujeres como Julia subieron al poder, y el caballero en cuestión se encontró entonces a las órdenes de su antigua subordinada, para quien fue un placer exquisito demostrarle que las mujeres saben ser tan injustas como los hombres y bastante más vengativas y sofisticadas en el arte de humillar. Pero Cándida había visto cómo Julia se mataba a trabajar, había deducido que así nunca llegaría a nada y, despreciándola en secreto por ser tan inteligente y a la vez tan ingenua, se había propuesto hacer exactamente lo contrario de todo lo que Julia le había enseñado.

Cuando se cayó al bajar del avión, pensó en Julia Moral (Julia no sabía llevar tacones, ni siquiera Julia corría así), y constató que aún le quedaba un largo camino que recorrer.

Preguntó en inglés a un hombre dónde estaban los servicios. No la entendió, le sonrió frunciendo el ceño. Intentó repetir la pregunta en jputito, pero tal vez por su acento andaluz, o por la nariz sangrante y el tacón roto, o por las pocas luces del caballero, que en vez de responder le dio la espalda sonriendo y frunciendo el ceño, o por el hecho de que en esas partes del mundo no fueran de uso habitual los servicios, el caso es que Cándida no encontró ninguno, y tuvo que presentarse al control de pasaportes en su lamentable estado.

Allí, Cándida extendió con orgullo su pasaporte diplomático, nuevo y aún fulgurantemente rojo, del glorioso pero allí desconocido país llamado España entonces perteneciente a la vagamente envidiada Unión Europea, en el que ponía que Cándida era una persona muy importante, y que *Su Majestad el Rey y en su nombre el Ministro de Asuntos Exteriores ordenaban a las autoridades civiles y militares de España, y a aquellas de países extranjeros, no pusieren impedimento alguno en el viaje de Cándida, antes bien, le dieran todo el favor y la ayuda que necesitare por convenir así al bien del servicio nacional.* Desde una casetita de cristal opaco, una señora con velo tomó el pasaporte, lo ojeó con cara de asco, le estampó agresivamente varios sellos, y dejó pasar a Cándida a la zona donde se recogían las maletas y donde, tal vez, habría un servicio.

Cándida no supo nunca si había o no un servicio, porque allí, de pie ante el control de pasaportes, estaba esperándola Ferderico Malaspina, vizconde de tierras contiguas y Embajador de España en Japutistán.

Era imposible no reconocerle. En parte porque era la única persona con rasgos occidentales que se encontraba perfectamente inmóvil vigilando a los viajeros que superaban el control de pasaportes. En parte porque era el único que llevaba un traje de sastre con una corbata roja y gualda con el escudo del Estado español. En parte porque era evidente que estaba esperando a Cándida y, cuando vio a una señorita llena de barro, no supo qué hacer, debió

de compararla mentalmente con la descripción que de ella le había dado el jefe de Personal y no sabía si era o si no era, no sabía si acercarse o no, y rezaba al dios de los ateos para que por favor esa guarra despeinada, coja y llena de barro y sangre seca no fuera la número dos de su Embajada.

Era un hombre alto, redondo, blando y rígido, con una gran barriga, caderas anchas y trasero de mujer, el pelo escaso y casi albino, la piel sin color, los ojos glaucos, vacíos, uno de los cuales miraba fijamente al frente y otro vagamente al techo. Muy grande y pálido, como un gigante sueco cebado de grasa de cerdo apenas descongelada de los hielos esteparios. De movimientos cohibidos, fríos, tímidos, furiosos, y mirada de cristal.

¿Sería él? Cándida sintió un escalofrío recorrerle la espalda, porque sí, estaba segura de que era él.

Trató de sonreír y le extendió la mano. El Embajador vio que estaba manchada de barro, dudó, y optó por inclinar la cabeza. Cándida se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y forzó una sonrisa aún mayor.

Una vez en la habitación del hotel Gran Volga, de cinco estrellas, situado ante una plaza rectangular de tierra cuidadosamente adornada de plantas que se negaban a crecer en esos climas, acurrucada en una cama grande con sábanas muy frías, Cándida no podía dormir. En la mesilla de noche le habían colocado un gran ramo de rosas rojas,

con una notita dándole la bienvenida de parte de la Embajada de España en Bielosmiert. Cándida aspiraba conmovida los efluvios dulzones de su perfume, pero le costaba respirar, como si faltase aire en la habitación. Una grisácea y polvorienta luz seguía entrando a chorros por las ventanas sin persianas, y el aire acondicionado demasiado fuerte la hacía tiritar. Sabía que el aire de la calle era cálido, pero las ventanas estaban herméticamente cerradas para evitar los famosos mosquitos gigantes del verano, que sin embargo siempre lograban colarse, entre rendijas invisibles, para revolotear juguetones, antes de picar.

«Todo va bien», se estuvo diciendo Cándida durante toda la noche mientras cazaba mosquitos, «y todo va a ir muy, muy bien».

Sin duda, algún que otro detallito hubiera sido mejorable, pero Cándida era optimista y creía firmemente en la perfectibilidad del ser humano y de todas sus circunstancias.

Pasado el terror inicial, en el aeropuerto, Cándida había cogido su destino por los cuernos y se había enfrentado valientemente al señor Embajador con sus mejores artes. Había hecho lo que siempre hacía cuando estaba nerviosa, lo que había hecho cuando Luisito de Aguilar la había presentado por primera vez a Alfonso Ramírez de Casareal, o durante los exámenes orales de la oposición, o cuando Julia Moral la sorprendía llegando tarde, otra vez tarde, al trabajo: se había puesto a hablar sin parar, espe-

rando así ganar tiempo para reflexionar sobre la estrategia a seguir. El Embajador la había escuchado como quien oye la radio en un idioma desconocido en la habitación de al lado cuando se pretende conciliar el sueño, y juntos se habían dirigido a recoger las maletas de Cándida.

Dos maletas, cuarenta y siete kilos, ligero sobrepeso, pero el ayudante de vuelo de Air Japut le había sonreído galantemente y las había facturado sin hacer ningún comentario, limitándose a escribirle sobre la tarjeta de embarque su número de teléfono en Bielosmiert, por si Cándida viniese a necesitar algún tipo de ayuda allí: pues ella era diplomática, viajaba en primera, aunque presumiblemente rica era mujer y por lo tanto frágil, tenía la mala suerte de ser soltera, es decir, se encontraba totalmente desamparada y sola ante la crueldad de la vida y la maldad de los hombres, y según los cánones de belleza japutitos, la perfección de sus atributos era tan intimidante que todo varón que se preciara se sentía obligado a cortejarla.

Las maletas no llegaban. Cándida hablaba y hablaba, rápida, automáticamente, mientras pensaba que todos sus efectos personales, la ropa, los zapatos, algunos pares tan caros, los trajes de chaqueta para trabajar, los vestidos de noche, los pañuelos de seda y los chales de lana, toda la colección de medias de distintas tonalidades y espesor, los jerseys para las noches frescas de la estepa, los de angora y cachemir, la ropa *prêt-à-porter* para ir de excursión, y las cremas de día y de noche, hidratante, reafirmante, estimu-

lante, relajante o adelgazante, para las manos y para los pies, antiojeras, para el contorno de ojos y para las arruguitas de expresión, el gel anticelulítico, las sales de baño con olor a romero, el fijador para amansar sus rizos salvajes, el maquillaje, las barras de labios y sombras de ojos, los perfumes, las joyas que se ponía a diario (ese año, se llevaban las perlas oscuras y el oro blanco) y el anillo de compromiso de Luisito de Aguilar, el repelente antimosquitos, los medicamentos (aspirinas, jarabes para la tos, antibióticos, vitaminas...) «por si no hubiera aún farmacias en Bielosmiert», la tila relajante y las pastillas de valeriana y los ansiolíticos que por orgullo nunca tomaba pero que le tranquilizaba llevar, un trozo de jamón serrano («pues allí seguro que no hay»), de queso manchego y de tortilla de patata hecha con mucho amor y cuidadosamente envuelta, el regalo para el embajador, el manual de lengua y cultura Japutita y la guía turística y los libros *Diplomacia en la práctica y casos consulares*, *Cómo saber estar*, *El arte de la elegancia*, *Cómo convertirse en una dama en quince lecciones* y *Maquiavelo para mujeres*, los talismanes de la suerte confeccionados por su tía abuela que era la curandera y vidente del pueblo, la muñequita de vudú para casos de desesperación extrema con todas sus agujitas nuevas, las velas de cera de abeja con aroma a madera de sándalo, el aceite de ámbar o almizcle, los palitos de incienso y el polvo de oro para los rituales de magia blanca y negra, todo, absolutamente todo, pues Cándida era caótica pero exhaustiva, todo se encontraba en esas maletas.

Pues bien, las maletas no llegaban. Tras más de cuarenta minutos esperando mientras hablaba sin parar y el Embajador miraba a lo lejos, las dieron de común acuerdo por pérdidas. Ella sonrió lo mejor que pudo para disimular que le apetecía ponerse a llorar (¿y por qué no? en aquella época la princesa X. también lloraba en público cada dos por tres y todos la consideraban muy humana y excelente profesional de la aristocracia por ello), pero Cándida intuía que sería mejor encogerse de hombros, aceptar la derrota con elegancia y seguir hablando como una cadena de radio que emite las veinticuatro horas sin interrupción.

Subió al coche del señor Embajador. El chófer se llamaba Serguey, era de origen ruso, miró de arriba abajo a Cándida y le abrió la puerta de mala gana, pensando que eso de estar a las órdenes de una mujer no era del todo normal, y menos si la hembra en cuestión tenía barro en el pelo, un zapato roto, sangre seca por la cara, una sonrisa totalmente artificial y una voz chillona insoportable.

El coche oficial era cómodo, y al sentarse le pareció que se hundía en una cama de plumas. Sintió lo cansada que estaba, suspiró de alivio y paró de hablar un segundo, mientras buscaba inspiración para continuar.

Inesperadamente, el Embajador tomó el relevo. Empezó a hablar en ese preciso momento, con su voz débil, baja, áspera, y no paró hasta que llegaron al hotel y se despidieron hasta el día siguiente a las nueve de la mañana en su despacho. Hablaba de todo, del trabajo, de la ciudad,

de ese edificio que se quemó, del circo afgano, del río de tres brazos, de la mezquita más grande del oriente y la catedral más cara de occidente y del hotel con más columnas del mundo y de la amante pianista del señor Presidente de la República, y tantísimo trabajo en la Embajada, y todos una panda de inútiles corruptos que sólo pensaban en la tortilla de patata de mamá y en la vida nocturna de su pueblo, sobre todo la predecesora de Cándida, Inmaculada, esa no sólo era un desastre, sino una guarra irresponsable que sólo pensaba en criar hijos como una coneja y de hecho había parido tres en Japutistán y se había aliado a dos espías oficialmente agregados a la Oficina Comercial que eran unos sátiros que corrompían, no sólo a las autoridades locales, sino a las pobres secretarias de la Embajada, unos inútiles de mala fe que se dedicaban a complotar, y tantísimo trabajo en la Embajada, todo él solo, a él le gustaba trabajar y sabía trabajar, no como otros, pues Japutistán era un país clave para España y para la Unión Europea y para el mundo entero, sobre todo los chinos y los rusos y los japoneses y los turcos, todos dispuestos a conquistar áreas de influencia, y con la base militar en las montañas del sur, que obviamente también dependía de esa Embajada, había un montón de soldaditos españoles dedicados *full time* a fornicar con las locales, y Cándida eso ya lo vería porque como Cónsul tendría que casarlos, jajaja, bueno, podía negarse o no negarse porque ella era libre y la Cónsul era ella pero ella ya sabía su opinión, una vergüenza nacional, y Cándida tenía una suerte inaudita

de haber sido destinada allí, tan joven, recién ingresada, su predecesora llevaba veinte años de carrera, en los que no había aprendido absolutamente nada pues era una inútil total, vaga y tonta y maruja y con un marido impresentable, un facha que vivía a su costa porque obviamente con lo fea que era no podía aspirar a más, y Cándida claro que sería una inútil al principio porque era nueva, pero aprendería rápido y pronto se pondría a trabajar-trabajar-trabajar aplastando a todos los enemigos y entre los dos sacarían brillantemente adelante la Embajada de España en Japutistán.

Una vez en el hotel, Cándida tomó un baño caliente, lavó a mano la ropa que había llevado durante los días de viaje para poder ponérsela al día siguiente, le quitó el barro seco a los zapatos. Y se metió en la cama, agotada, feliz, pensando que todo había ido muy muy bien, y que el Embajador era un original incomprendido y muy tímido, rodeado de inútiles y traidores, que estaba muy solo y la necesitaba. Meditó sobre las injusticias del mundo, pues nadie quería a ese pobre hombre que se desvivía por el *Bien del Estado* entregándose en cuerpo y alma al *Servicio* —así, todo en mayúsculas Diplomáticas— y decidió hacer lo posible y lo imposible para no defraudarle jamás.

Julia Moral había mentido: definitivamente, pensó, el Embajador era un encanto.